

á vuestros brazos; y el hijo de la naturaleza nunca deja sin vengar tan sangriento ultraje. ¡Perdonadme! Una hermana vuestra, nacida entre las rocas, ha sido quien la ha pronunciado, la misma que os ha seguido hasta aquí, que no os perderá de vista en el combate, y que llorará, porque es muger, sobre los cadáveres de los que su cumban, pero que, como zacatecana, colocará sobre sus gloriosas tumbas, la planta de las montañas, esa esmaltada *Siempreviva*, fiel emblema de la inmortalidad.

Soldados: va á dar principio el sangriento drama preparado ha más de diez meses; haced de modo que tenga un feliz desenlace. La calma que nos circunda es precursora de la más deseada tempestad, dejad á un lado en los momentos del combate, las ideas filosóficas y humanitarias que siempre os han distinguido, y tened presente que la rudeza y energía, son las más veces las que dan la victoria. En nuestras contiendas domésticas no era de gran ascendencia una derrota; en la presente guerra nacional puede importar la pérdida de una de nuestras más bellas ciudades; más si la fortuna nos fuere adversa, antes que permitir caiga en poder del odioso agresor, reducidla á cenizas, imitad la nación modelo de las Repúblicas, haced lo que los atenienses: quede una sola ciudad en México, pero ésta no esté mancillada por la planta inmundade los viles sicarios de Napoleón. Una legua de tierra puede representar dignamente nuestra nacionalidad; todo lo demás sea un páramo infecundo que cause horror á los que quieren apropiarse la más rica joya del Nuevo Mundo.

¡Valientes zacatecanos! entone vuestra robusta voz el bélico himno nacional, y á la cadencia de sus enérgicas notas, cargad las republicanas armas, y á la primera detonación de las serviles del enemigo, contestad victoriando la libertad.

Zaragoza, Marzo 14 de 1863.—*Soledad Arias.*"

Todo el valor de los franceses fué
inútil en la ciudad de Zaragoza.
Chateaubriand.

"MEXICANOS:

Han llegado por fin los momentos más deseados para vosotros: el enemigo saliendo de su inacción, está ya al frente de nuestras murallas: el cañón de Guadalupe ha dado su primer estallido, que es la voz fascinadora de la patria: ese metal elocuente ha reanimado y elevado á su colmo, el entusiasmo, la fé, la esperanza de la próxima victoria; el corazón del soldado y del ciudadano laten de valor y regocijo.

El toque de generala en todos los cuarteles, ha dado pábulo al ardor belicoso de los bravos guerreros de nuestro Ejército: en todos los semblantes se nota la animación y alegría, preludio de un bien futuro: los pechos se agitan por una conmoción sublime y lisongera que hace conocer cuánto vale el decoro y la independencia de la patria.

¡Ah! el corazón se ensancha, la mente se extasía con una esperanza que se dilata hasta lo infinito: en el cerebro se agolpan mil ideas de un alagüeño porvenir. Sí, ¡México! ¡México! la hermosa y deliciosa Patria de los Aztecas, la madre predilecta de Hidalgo y de Morelos, la madre idolatrada del inmortal Zaragoza, la joya más preciosa, la perla más querida de los mexicanos, cuya conservación les ha costado tanta sangre, no; ¡no será subyugada por los esclavos de Napoleón III!

¿Quién podrá dudar del éxito de nuestra causa? ¿Cómo los esclavos de un Imperio, podrán vencer á los libres de una República? La ciudad de Zaragoza espera con ansia el nuevo ataque de los franceses, para escarmentarlos por segunda vez. Estos hombres sin fe en su causa, sin esperanza ni moralidad, (porque estamos viendo que los franceses republicanos no queriendo pelear con los mexicanos libres, se pasan á nuestro campo, donde son recibidos como hermanos) acometerán con desesperación é intrepidez, harán rudos impulsos, pero serán rechazados y vencidos por el heroísmo y valentía del Ejército y del pueblo.

Aquí, como en Zaragoza de España, quedarán nulificados el denuedo y disciplina de los franceses, que imbéciles defienden los caprichos de un tirano, contra la soberanía de una Nación libre. Como dice Chateaubriand: Todo el valor de los franceses fué inútil en la ciudad de Zaragoza; las selvas se armaron, los arbustos se tornaron en enemigos. La jornada de Bailén, la defensa de Gerona y de Ciudad Rodrigo, iniciaron la resurrección de un pueblo que lucha por su Independencia. El Marqués de la Romana, del fondo del Báltico trajo sus Regimientos á España, como en otro tiempo los franceses del mar Negro, desembarcaron triunfantes en la embocadura del Rhin. Vencedores los soldados de Napoleón de las mejores tropas de Europa, vertían la sangre de los frailes y del pueblo, con aquel furor impío que la Francia debía á los sarcasmos de Voltaire y á la demencia del terror. Y sin embargo, esta milicia del claustro, fué la que puso un término á los triunfos de los franceses veteranos: no esperaban éstos hallar aquella falange de hábitos cabalgando como dragones de fuego, sobre las abrasadas vigas de los edificios de Zaragoza, cargando las escopetas entre las llamas, al són de las bandurrias, del canto de las boleras y del *requiem* de la misa de los difuntos.

En Zaragoza de España, fueron vencidos los franceses por la bravura del Ejército, por el impulso de los pueblos, por la conjuración de todo el clero; porque aquel clero amaba á su Patria y comprendía los deberes de su estado. En México, el clero con una conducta opuesta, no se dá ni por entendido de lo que pasa, y desea con vehemencia el triunfo del enemigo; pero esto nada importa, mejor estamos sin su ayuda, porque los mexicanos verdaderos son más que suficientes para la defensa de su Patria.

El entusiasmo crece á cada instante y los medios para el triunfo se multiplican; la confianza se reanima y robustece. En nuestros

Ejércitos de Oriente y del Centro, se hallan Generales muy bizarros y los soldados más sufridos y denodados de todos los Estados. Acaban de llegar á esta Capital, las Guardias Nacionales de Tepeaca, Huauchinango, Atlixco y otros lugares del Estado de Puebla, compuestas de valientes y decididos aldeanos é indígenas que comprenden los deberes de ciudadanos y están ansiosos de batirse con el enemigo. En la mañana de este día, cuando el sol iluminaba nuestros Fuertes, con sus bellos fulgores, al avistarse el enemigo se ha oído el primer cañonazo, y las tiendas, oficinas, casas y talleres han quedado solos, porque el pueblo laborioso, la gente media, y algunas personas de la aristocracia, han ido llenos de entusiasmo á los fuertes y trincheras, á ofrecer sus servicios, á pedir armas para defender á su Patria. Todo presenta un cuadro lisonjero y encantador: Puebla ha tenido un cambio ventajoso con el 5 de Mayo; hoy sus hijos están animados de los más leales sentimientos; están emocionados, tienen fanatismo por las glorias de su país y saben que la felicidad de México depende del triunfo de Zaragoza.

Triunfará Zaragoza, sí, no lo dudéis, así lo esperamos; toda la República tiene su vista fija y su confianza en el Ejército de Oriente, en sus valientes Generales y en su digno é intrépido caudillo.

¡Guerreros de Oriente! tened presente que os observan con atención vuestros compatriotas de Acapulco, Tampico, Tabasco y otros lugares donde los hijos de México han sido vencedores de los franceses; vosotros les habéis puesto el ejemplo en Acultzingo y Guadalupe, ellos lo imitaron triunfando, á vosotros os toca consumar la obra; empresa muy ardua pero muy gloriosa; con ella salvaréis á vuestra amada patria, conquistaréis un laurel para vuestras sienes, ó un nombre ilustre para vuestros hijos.

Venid Galos vendidos: venid miserables esclavos de un déspota: venid descendientes degenerados de los republicanos, y aprenderéis de los Aztecas á defender la honra de la patria; derramad la sangre de los libres, por sostener las injustas pretensiones del tirano Napoleón. Anáhuac tiene un muro en cada hijo y tras de estos está toda la República; recordad en la heroica defensa de los mexicanos las grandiosas épocas de vuestros antepasados: cebaos como verdugos en la matanza: obedeced las órdenes bárbaras del Tigre Africano; pero tened por cierto, que no entraréis á la ciudad de Zaragoza, sino sobre sus escombros, tropezando con millares de héroes venerados, dignos del respeto y admiración de los valientes; y aún así, vuestro triunfo, [si por fatalidad lo obtuviéreis] os serviría de oprobio.

¡Soldados de Oriente! ornados ya con el laurel de la victoria, no dejéis marchitar vuestras coronas ni mancillar en algo vuestras glorias! Los momentos más solemnes han llegado: la salvación de México está en vuestras manos, de vosotros depende su engrandecimiento.

¡Mexicanos! unión, valor y subordinación y el éxito es seguro:

fe, tenacidad y esfuerzo, y el enemigo es vencido: y entonces transportados de indecible júbilo, podremos decir con Chateaubriand: ¡Todo el valor de los franceses fué inútil en la ciudad de Zaragoza!

¡Viva México! ¡Vivan sus dignos defensores! ¡guerra sin misericordia á los traidores é invasores! ¡México!..... ¡México! ¡Joya más preciosa del Universo, país del oro y los encantos! ¿Quién de tus hijos podrá ver profanada tu Independencia y hollados tus derechos? ¡Oh! nó; oh, mil veces no, la muerte más cruel sería deseada! ¡México! ¡amada patria! ¡madre muy querida! ¡antes la muerte que tus leales hijos vean tu deshonra! Ellos lucharán por tí con febril heroísmo y su última expresión al exhalar el postrer aliento será: ¡Patria ó muerte!.....

Con vosotros estará en el peligro, un sacerdote mexicano, un soldado del pueblo.

Puebla de Zaragoza, Marzo 17 de 1863.—*Juan N. Enríquez Orestes.*"

Entremos en materia: El día 26 de Marzo el enemigo asaltó la fortaleza de San Javier y comencemos por confesar, á fuer de verídicos, que el ataque fué valeroso, decidido, y que el Ejército francés demostró su serenidad en el combate y su ardor en la lucha.

Avanzó á la voz de mando de sus Jefes, hasta donde se lo permitió la heroica defensa del punto y aunque se vió precisado á replegarse á sus paralelas, lo hizo en buen orden y con irreprochable disciplina: sostuvo con nuestras fuerzas un combate cuerpo á cuerpo digno de su fama de aguerrido y digno también del título de valientes que nuestros soldados habían conquistado el 5 de Mayo de 1862: el invasor sufrió una derrota, pero no fué vergonzosa, pues al soldado que peleó con valor no puede reprochársele la falta del éxito en el triunfo. ¡Qué diferencia entre el ataque á San Javier y el asalto al Fuerte de Guadalupe! En el segundo, el enemigo huyó cobardemente; en el primero retrocedió con serenidad.

Al día siguiente el invasor quiso reparar su descalabro y aunque su artillería había hecho pedazos nuestro Fuerte, no pudo sin embargo tomarlo á viva fuerza.

Como ya era temeridad defender un punto cuyo edificio estaba próximo á desplomarse sepultando entre sus escombros á los valientes que tenían las sienas coronadas de gloria y que merecían una tumba que correspondiera á su heroísmo, resolvió el General Ortega abandonar el Fuerte de San Javier, inútil ya para su objeto, y amenaza de muerte sin la gloria del combate: casi destruido dicho Fuerte por la artillería del enemigo, nuestras fuerzas quedaban á merced de esa misma artillería y expuestas á ser cazadas desde las posiciones del contrario: el abandono del punto, por el hacinamiento de ruinas que se interponía entre nuestra segunda línea de defensa y las paralelas del adversario, no solo era conveniente sino indispensable, pues aquellas ruinas imposibilitaban que funcionara la artillería del invasor sobre nuestra segunda posición.

Sin embargo, la honra obligaba al defensor á vender muy cara su existencia y el Cuartel General ordenó á los valientes de aquel Fuerte que repararan provisionalmente los perjuicios hechos en los muros y lo defendieran 32 horas más, mientras el material de guerra se transportaba á la nueva línea á fin de que el enemigo se posesionara de ruinas y no pudiera poner en el parte que diera á su Cuartel General, la lista de los pertrechos quitados al Cuerpo de Ejército de Oriente.

La defensa del punto nos costó 500 hombres entre muertos y heridos hasta el día 30 que fué abandonado el Fuerte de San Javier. Para que no se crea que dicho punto era de importancia, llamo la atención á la carta del General Ortega dirigida al General Comonfort y por la cual consta que el enemigo no se apresuró á ocuparlo, cuyo punto volvió á reconocer el día 31 el General Ortega con 100 hombres, resolviendo definitivamente no

sacrificar ya ni una gota de sangre en la defensa de aquel Fuerte: Bastaba con defender la segunda línea.

En tan prolongada acción se distinguieron los batallones 20 y 22 de Guanajuato, 29, 30 y 31 de Zacatecas, 10 de Rifleros, 11 de Reforma, 12 de Querétaro, 16, 17 y 18 de Puebla; primera Brigada de Veracruz, cuarta de Auxiliares de artillería del mismo Estado y 5ª batería del batallón de artillería de México.

Hubo hechos que tocaron al heroísmo, y entre otros dignos de especial mención, está el del artillero Matías Martínez que, sacando del combate á todo su pelotón, y no pudiendo servir sólo la pieza, se ocupó, AL DESCUBIERTO, de reparar la parte destruida del muro. Este valiente alcanzó la honra de ser elevado á sargento en medio del combate; el del paisano Antonio Huerta, que sin pertenecer al Ejército, sirvió voluntariamente de artillero todo el tiempo que duró el asalto, y el del sargento Julián Hinojosa, á quien una bomba de grueso calibre arrebató su arma y no abandonó su puesto por tan grave motivo.

De los cinco días que duró aquel reñido combate, Río seco y sus compañeros no habían sido relevados del punto en tres días y solo lo abandonaron al recibir orden terminante para ello, sin haber perdido un solo palmo del terreno que defendían. Auza rogaba al Cuartel General con encarecimiento, que no lo relevaran del puesto del peligro.

Aquella acción fué un poema de heroísmo y un cántico de gloria.

Léanse los documentos siguientes:

“Hacienda de Santa Clara, Marzo 25 de 1863.

Señor Ministro de la Guerra.—A los tres cuartos para las nueve he recibido la siguiente carta del General Ortega, de fecha 24:

“Comienzo por decirle á vd. que hace tres días no le he escrito porque no he tenido tiempo para ello; y que esta carta, así como las anteriores, van de mi puño para que no desconfíe de su autenticidad.